

## LIBRO SEXTO

### LAS RELIGIONES GRIEGAS

#### I

#### **El aspecto de la Naturaleza y de las ruinas**

*¡Et ego in Arcadia!* También yo he buscado á Júpiter en la selva del Liceo; también he oído resonar en la Arcadia los caramillos del dios Pan, mientras que el doble mar de Jonia y de Corinto se balanceaba entre la armonía de los cañaverales; las huellas de los pasos de los faunos hanme conducido por ignorados senderos hasta la entrada del santuario de Figaleo, y he descendido hacia el Alfeo, donde sentía romper bajo mis plantas las conchas de la tortuga con que Hermes construyó la primer lira; también he bebido al borde de los precipicios del Taygeto en la copa de los invisibles Ménades, y más de una vez escapóse de mis labios pagana oración al tocar la cima del Ithome. Yo invoco ahora la verdad entre todos aquellos dioses que entonces creí conocer.

Si juzgamos por la impresión de los lugares, de los rasgos con que los escritores griegos pintan su país, se hace evidente que la mayoría se encerró

dentro del horizonte de Atenas. Platón, en la introducción del *Fedro*, ha reproducido la serenidad radiante que se respira allí en todas las cosas; Sófocles, en el gran coro del *Edipo*, celebra los ruiseñores de Colona, la sombra de los bosques de olivos, y todas las palabras de aquel himno se refieren también á los mismos lugares. Los cantos de los ruiseñores han sobrevivido á los cantos de los hierofantas, pero las gracias regias de la lengua de Sófocles y Platón, extendidas en las armonías del paisaje, continúan allí todavía impresas, murmurando el eco de las estrofas del poeta.

Estos caracteres, sin embargo, no son los de toda la Grecia, y los modernos, que bajo la fe de las descripciones gráficas buscan en todas partes aquel aticismo de la Naturaleza, quedan desconcertados ante la vista de montañas abruptas y escarpadas riberas, impropias para servir de escena á ninguno de los sueños de la antigüedad: y es que los griegos buscaron en derredor suyo, en su país, los rasgos que con su genio mejor se compadecían. Todo lo que en los flancos erizados de la Cibele ó en las anfractuosidades de la tierra aparecía ajeno á un cierto tipo ideal y no sonreía con sonrisa olímpica, fué olvidado como materia irreductible á las condiciones del arte humano.

No existen aquí ya los golfos ni los valles del Oriente, ni en la vegetación los bananeros y los boababs del Ganges: el reino de Menelao es al imperio de Sesostris lo que el laurel á la palmera. Si

los poetas han exagerado los ríos fuera de toda proporción con la realidad, necesario es reconocer, por otra parte, que aquellos arroyos van todos á desembocar en el mar; que cada uno de ellos supone un sistema especial de valles; que cada uno de estos valles es un Estado particular con su constitución, su dialecto y su Dios; que la humilde fuente, en fin, centro de reunión de una sociedad soberana, pudo bien ser agrandada por la poesía, sin alterar por eso la naturaleza de las cosas. ¿Por qué si Agamenón, jefe de bandas, es el rey de los hombres, no había de ser Inaco el rey de los ríos? Por otra parte, el verdadero río de la Grecia es el Océano, el mar, que circulando é introduciéndose como una diosa de rada en rada y de golfo en golfo, despierta por todas partes, con el espectáculo de lo infinito contenido entre dos riberas de mármol, el sentimiento de orden en la grandeza, lo que explica cómo entre todos los países es Grecia la obra de arte por excelencia. Bajorrelieve suspendido en el taller del Creador, ningún nombre de pueblo fué en sus valles pronunciado que no sea aún la imagen de la belleza suprema.

Como todo tiene allí su límite preciso, hasta la inmensidad misma, resulta que el hombre, en vez de ser abrumado por las grandezas inconmensurables de la creación, comienza por el contrario á juzgarla, y abarcándola con la mirada, la penetra y domina, aspira á rivalizar con ella, trabaja según su mismo plan, y hasta llega á corregirla á su

modo, disponiendo de la Naturaleza como un escultor de un bloque esbozado por un obrero inferior. Al principio las capas paralelas de las rocas calcáreas edificadas por el caos vienen á ser las primeras bases de las murallas ciclópeas, en la cima de las cuales se reúne el primer consejo de los dioses; luego las curvas de los valles circulan como en gradas de teatro, donde aun ahora que la escena ha sido juzgada y han desaparecido los personajes, pueden verse asentadas Megalópolis, Argos y Epidaurá. En vez de los coros de los poetas trágicos, existe allí el espectáculo de todo el horizonte de las cimas azuladas y de las nubes que pasan, llevando en sus pliegues la gloria de los pueblos. Á veces, como yo mismo lo he visto cerca de Epidaurá, han crecido bosquecillos de mirto al través de los intersticios de las colinas, los cuales al menor soplo murmuran como una asamblea de espectadores. Pero por encima de aquellos despojos, de aquellos valles, de aquellas llanuras, elévanse sobre todo los templos principales sobre las más altas cimas que les sirven de pedestal, la mayoría de las cuales estaban de este modo indicadas por santuarios, que á largas distancias se miraban unos á otros á través de las escarpaduras de los valles y los golfos, y á cuyos pies revolvíanse las tempestades de la Naturaleza y de los hombres, que parecían regir desde lo alto de los cielos inmutables. Las terrazas de las colinas, eternamente purificadas por las fuentes sagradas, formaban otros tantos

escalones para subir hasta el recinto, que en vez de estar sepultado como en Egipto bajo baluartes, provocaba á lo lejos las miradas de las criaturas vivientes. Todo en el horizonte armonizábase con ellos: el azul del cielo, los golfos y las lejanas cimas con sus azulados frisos y pintadas cornisas; la línea horizontal de las montañas, promontorios y mares con la línea de su arquitectura que se prolongaba á lo infinito; y estos monumentos del arte, contruidos según el plan mismo del país, venían en cierto modo á formar parte del edificio de la Naturaleza, terminado y coronado por el espíritu y la mano del hombre. Cuando se elevan en las ciudades, muestran aún al desnudo el espíritu democrático de las religiones griegas, porque allí el santuario no tiene nada del aspecto formidable de los de Egipto, y ha sustituido el terror por la gracia. Aquellas salas, aquellos corredores y pilones, que protegían el misterio en el valle del Nilo, desaparecen en Occidente. Tres escalones tan sólo le separan aquí de la multitud. El dogma se abre en adelante á la luz del día. Sin barrera alguna, ¿cómo se sustraerá á la curiosidad del espíritu ateniense? El templo griego es el de un pueblo que pone sus dioses en la plaza pública, para en todas horas examinarles, interrogarles, juzgarles y destruirles.

Cada región de la Grecia, por otra parte, ha conservado su carácter propio en sus ruinas. Atenas, como la divina Niobe en medio de sus hijas muertas por flechas invisibles, se conserva aún

radiante en su miseria, y completamente mutilada, sonríe en los métopas del Partenón. Nada iguala en cambio á la desnudez de Esparta, de quien ya Tucídides había anunciado que no dejaría sino miserables despojos, en los que sería imposible reconocerla: profecía perfectamente cumplida, pues el área de la ciudad de Licurgo sólo se halla indicada por un suelo hollado y nivelado bajo las plantas de sus luchadores. No supo prepararse, como Atenas, eterno sepulcro; si todas las ciudades griegas la hubiesen imitado, no nos quedaría hoy el menor vestigio de su civilización. Pueblo silencioso, ha muerto sin fausto, pues sus únicos monumentos eran la ciudad, la ley y la patria. Muerta Esparta, murió también el porvenir de los espartanos, sin que pudieran consolarles de su caída restos ningunos de murallas, esculturas ni bajorrelieves. Todos los monumentos fúnebres, sepulcros, urnas, sarcófagos, reunidos en un mismo lugar, serían menos elocuentes que el campo en que crece la salvaje hierba del Palæo Chorio. Esparta ha dejado la vanidad de las ruinas á su rival, Mesenia, la ciudad de los esclavos, donde un pueblo de siervos y trabajadores ha sembrado abundantemente sus fustes de columnas, hierbas de mármol que aun hoy se rejuvenecen en medio de los sillares.

Las ruinas del politeísmo de Italia se han convertido casi todas en monumentos cristianos, no pareciendo sino que hasta las mismas piedras se han arrepentido y piden perdón por la sensualidad

romana: el Panteón mismo expía bajo la cruz los pasados esplendores del paganismo. Todo, al contrario, se conserva pagano en Grecia, sin que el Dios de San Pablo haya podido convertir los templos al culto nuevo. Así es que las pequeñas iglesias del cristianismo se inclinan obscuramente bajo su sombra y se hallan ya como envejecidas, mientras que las columnas profanas se hallan aún revestidas de eterna juventud, como si sobre aquella tierra ligera ningún otro culto que el de la belleza visible pudiera arraigarse. Cuando lejos de las ciudades y sobre las desiertas cimas vemos aún en pie, en vez de la cruz, las columnas de los santuarios, nos parece que los antiguos dioses han seguido siendo los legítimos poseedores de aquella naturaleza rebelde, y creeríase que al primer rayo del día iba á reaparecer su cortejo en los bosques de olivos, mientras que del fondo del mar se eleva un hálito de ambrosía, como de divinidades hartas de néctar. Y es que la naturaleza ateniense, al contrario de las tristes marismas de la campiña de Roma, aparece aún adornada para los juegos olímpicos. El sol levante dora todavía los capiteles de Nemea; óyese el coro alterado de las cigarras llamando sobre las parvas de la Cella á Júpiter Pluvioso; el himno de los dioses subterráneos se exhala en fin hasta de las bóvedas de las capillas bizantinas, que, formadas de trozos de esculturas paganas, parecen sólo á medias convertidas al pensamiento del cristianismo.

**Lo divino en la humanidad.—Las religiones griegas en sus relaciones con la poesía y las artes.**

El Dios del paganismo sólo se ha mostrado aún en la Naturaleza, pero el hombre, después de haber en cierto modo recorrido en pos de él todos los mundos, se acuerda un día de buscarle dentro de sí mismo; aquel infinito que descubría en la faz de los desiertos, encuéntralo ahora en la armonía de los rasgos de su rostro, y reconoce en las proporciones de su cuerpo el tipo de la belleza desparrramada en el resto de las cosas, como un jeroglífico pensante que quiere descifrar su propio misterio. De sus ojos brota fuego más puro que el de las ramas de mirto ofrecidas en sacrificio: el ruido de sus sociedades, multiplicándose, ensordece el ruido de los elementos; en vez, en fin, de anularse á sí propio ante la majestad del universo, exclama entonces con la Pitia, sintiendo su corazón estremecerse: «Aquí, aquí está Dios.» De esta manera el hombre viene á ser la medida, la regla y el término de todo: primer paso del paganismo hacia la revelación de Dios hecho hombre.

Para acabar de explicar las religiones orientales por su caída vamos á inquirir lo que en ella puso el genio de la Grecia. Antes de Homero apenas existía; después de Alejandro dejó de existir. Más allá de estos límites que la encierran, como un carro en el circo, depende del Asia, pero en este intervalo, adoptándolo todo para todo cambiarlo, arruina el Oriente por el pensamiento y la espada.

Hemos buscado, sin hallarla en parte alguna, aquella primitiva teología, aquel Orfeo que debió resumir en sus himnos los misterios de los sacerdotes asiáticos, mostrándose más evidentemente las escasas huellas que dejaron, cuanto mayor empeño se pone en descubrirlas. ¿Dónde existen los vestigios de las revoluciones por que debieron atravesar las creencias orientales antes de tomar la figura de los dioses olímpicos? Mundo sepultado, no es posible ni percibirlo de nuevo ni negarlo. Únicamente podemos concluir que si los monumentos de las épocas en que la Grecia era el neófito del Oriente desaparecieron tan pronto, es porque repugnaban á la naturaleza de su genio. Es imposible sorprender esta maravillosa nación en su cuna; cuando se muestra por primera vez, ya su espíritu ha llegado á su plena independencia. Siendo su religión una obra de arte que se expresa en un relato, no se ve á sus dioses comenzar á balbucear obscuramente en las lenguas de un himno ó Veda helénicos, sino que en el instante en que se revelan llevan marca-

da la huella de siglos desconocidos: nacidos ayer, cuentan ya con recuerdos eternos. Precisamente en esta desaparición de sus fuentes, en este olvido de sus esbozos, consiste la originalidad de la Grecia, hija del canto, que del abismo del pasado surge del todo vestida con su belleza, perfeccionados ya el cuerpo y el alma, formado el temperamento y colmada la memoria, así como su Venus surge, núbil, del fondo de las aguas. De todos modos, y cualquiera que sea la opinión que respecto de sus relaciones con el Oriente se adopte, no cabe duda de que, más reflexiva, más elevada y más civil en sus orígenes que las sociedades asiáticas, pertenece á una época posterior en el desarrollo lógico del espíritu humano. Entre el *Rig-Veda* y la *Iliada* hay el intervalo de muchas civilizaciones, la diferencia de la infancia á la pubertad.

El nombre de Homero no sólo representa una gran época del arte, sino la primera revolución además, por la que la fe del mundo se transformó en poesía. Fué el primero que se atrevió á poner su mano sobre las divinidades inmutables del pasado; las vació en el molde de la humanidad; las consideró y midió con esta única medida, cambiando y alterando los antiguos dogmas con tanto menos escrúpulo cuanto le importaba menos comprenderlos; levantó el velo de la antigua Isis y sacó á la luz del día las figuras misteriosas que apenas se atrevían á saludar con sus nombres los sacerdotes del Oriente. De este modo imbuyó lenta-

mente toda el alma de los pueblos en el seno de los inmortales, y cuando hubo acabado esta obra, se encontró, en vez de los mudos símbolos de la naturaleza primitiva, con un areópago de dioses sociales, civilizados y elocuentes, que discutían entre las nubes la política sagrada. La creencia se transformó en arte, y la antigua religión desapareció; pero la tierra se sintió por un momento libre de un peso inmenso. El temor al misterio se disipó, las divinidades circunscritas á la esfera de la humanidad dejaron de pesar en la imaginación de los pueblos y derramaron sobre el mundo su amplia serenidad. De aquí nació la civilización griega.

Es fácil comprender, si queremos averiguar en qué época vivió el hombre más satisfecho sobre la tierra, que fué durante el reinado de esta religión de poetas. Había renunciado á ahondar las antiguas cuestiones donde hallando el abismo colocaba una divinidad que ocultase bajo su púrpura aquellas profundidades. Divinidades indulgentes, próximas siempre á él y como él jóvenes é imprevisoras, hijas del himno, le conducían constantemente en pos de su propio destino, y él bajo sus cuidados se abandonaba y adormecía. ¿Qué necesidad había de otra cosa si la tierra se despertaba todas las auro-ras sonriendo? Su alma y sus deseos detuviéronse, pues, allí, concediéndose á sí mismos un instante de tregua. Alimentado así el hombre por el néctar divino, fué tan profunda su serenidad, que apenas si se turbó con la caída de la sociedad griega.

Arruinábanse las ciudades, y aun no se inquietaba. Para despertarle de aquel jardín de rosas, fué preciso que el cristianismo viniera á desencadenar en él una ambición sin límites, haciendo que desde aquel instante mirase con desdén la tierra y hallase indignos de sus deseos los placeres mismos de los soberanos del Olimpo. Aquellas *prodigiosas contradicciones* de que Pascal nos habla, invadieron entonces su corazón. ¿Ni qué son el néctar y la ambrosia para el que tiene sed de vida del espíritu? El valle del Tempé se transformó en un valle de lágrimas, y el hombre por un contrato heroico conquistó lo infinito á costa del infinito dolor.

Reduciendo Homero las creencias del Oriente á las únicas condiciones de la belleza, determinó anticipadamente el carácter y destino de la Grecia, convirtiendo sus poemas en la Biblia ó libro de la ley de los pueblos helénicos, siendo así para los griegos lo que fué Moisés para los hebreos: espectáculo que no ha de repetirse, el de ver ordenarse una sociedad según el plan de una epopeya como sobre su institución fundamental. Licurgo, Solón, Pisistrato, hacen entrar sucesivamente la ciudad en aquel plan armonioso; el espíritu de la democracia, antes de realizarse y encarnarse en la plaza pública de Atenas, había ya brillado en las discusiones, arengas y deliberaciones de los Olímpicos sentados sobre los muros de los Cielopes; Alejandro se conduce por el modelo de Aquiles, y Agésilao por el de Agamenón; las leyendas de los héroes, en

fin, son á la antigüedad lo que las leyendas de los santos á los tiempos cristianos, ofreciendo los modelos que deben ser imitados en la vida: prueba todo ello de que la *Iliada* y la *Odisea* representan un gran ideal, hacia el que tiende la sociedad griega por una aproximación constante. Cuando creyó haber realizado al fin su poema, se despierta en la ley del Evangelio.

Si no ocurriese otro tanto en la vida particular de cada hombre, admiraríamos sin duda que los más elevados pensamientos de los pueblos se encuentren en sus primeros años. La pura revelación de la verdad irradia sólo en la mañana de la vida, cuando aún no han sido sentidas las necesidades corruptoras. Un ideal de poesía y de verdad, una *Iliada*, una *Odisea* interior se realizan entonces en el espíritu del hombre que viene al mundo; glorioso si la sigue, pusilánime y pequeño si de ella reniega. No renegó la Grecia ciertamente de la imagen que le fué revelada; por el contrario, supo convertir el poema en verdad, en realidad la ficción, el presentimiento en historia, y de acuerdo consigo misma, se condujo desde el principio hasta el fin por el ritmo de la lira del rapsoda, y aun cuando tornase á la barbarie, volvería á Homero.

Después de la epopeya, nada tanto como la escultura influyó en la revolución religiosa. Largo tiempo se conservaron las imágenes de los dioses tan simbólicas como en Oriente, y hasta las esta-

tuas de Júpiter con cabeza de carnero llevaban en sí mismas su propia significación, bastando que estuviesen conformes con el culto de la Naturaleza. Pero cuando el arte comenzó y la cabeza del animal fué sustituida por la del hombre, que recabó para siempre ser el representante de Dios, sonó la hora sin duda de una nueva era. Porque también la Grecia tuvo su Edad Media, durante la cual se desbastaron las formas, que más tarde debía elevar á la perfección. Pero lo más notable es que el arte griego comenzó de modo completamente diverso al arte cristiano, pues las estatuas de la antigüedad poseen ya cuerpos admirables, cuando sus rostros tienen el aire de una imbecilidad candorosa, al paso que en la estatuaria moderna comienza el arte por producir y perfeccionar la fisonomía, la expresión, el pensamiento. Ved los mosaicos de las iglesias bizantinas. ¡Qué grosería en las formas! ¡qué anatomía tan bárbara! Y sin embargo, en todos respira un santo espíritu divino. En una palabra, el arte griego comienza por la imitación de la Naturaleza y el arte cristiano por el ideal, como si en él fuese el alma la que se transformase y construyese su propio cuerpo. El uno va de fuera á dentro; el otro de dentro á fuera: éste acaba primero la cabeza; aquél el cuerpo. Y ¿no señala esta sola diferencia todo el intervalo entre el paganismo y el cristianismo?

Lo que es á los poetas Homero, Fidias lo es á los escultores. Él lleva al mármol y al bronce la

revolución religiosa, cuyo legislador fué Homero; él hace tocar con las manos las visiones del poeta; él, con la misma libertad que el viejo rapsoda había usado con los dogmas y las creencias, reconstruye los antiguos tipos de la estatuaria. Reformador á la vez que artista, crea un Olimpo tangible. Y ¡con cuánta más razón, si en nuestros días se ha acusado á Rafael de haber alterado la tradición religiosa de la Edad Media, pudo echársele en cara á Fidias sus atrevidas innovaciones! En la medida de las cosas humanas se nos presenta como un verdadero revelador, tanto más cuanto que supo encarnar en la piedra, sin más inspiración que la de su propio pensamiento, todos los sentimientos de grandeza y majestad soberana que habían hecho palpitar á su pueblo en el umbral de los templos, enseñando á los griegos á conocer en sus obras la figura y los rasgos de sus divinidades, como si con sus propios ojos las vieran. Hasta aquel intervalo misterioso que de ellas les separaba, acabó por desaparecer, y la serenidad natural de su genio fué así para siempre conservada. ¿Qué resta hoy de aquella visión del Eterno en la hoguera ardiente del Olimpo? Los bajorrelieves de los templos de Teseo y del Partenón pueden servir asimismo para los de la Venus de Milo, y si se nos preguntase cuál es el carácter de estas obras descubiertas en nuestro tiempo, responderíamos que una mezcla de la ingenuidad de Homero, de la corrección de Sófocles y de la majestad de Platón; la belleza física



llevada á tal extremo que deja de ser sensual; la naturalidad en la sublimidad; un ideal, en fin, que penetrando, no sólo las facciones, sino hasta los menores detalles del cuerpo, envuelve á las divinidades en un santo vapor de incienso. Añadiríamos aún que allí se ven la grandeza sin esfuerzo, la libertad de la Naturaleza misma revelada por la inteligencia, grandes efectos con pequeños recursos, la calma y la gravedad, no la inmovilidad de los cielos olímpicos; la vida amasada con néctar y ambrosía, la paz, en fin, y la armonía entre la materia y el espíritu, ó lo que es lo mismo, el reposo del orden soberano: milagro que nos revela que la palabra no es toda la perfección, y que es preciso ver con los ojos y tocar con las manos el mármol de aquellas imágenes, que aun deben ser sagradas para nosotros, si sabemos ver en ellas una expresión de la belleza, inmutable como una verdad matemática. No se pregunte si son paganas ó cristianas; son bellas, son verdaderas y pertenecen al Eterno.

Los dioses de Fidias reúnen armoniosamente los rasgos del hombre y la faz inalterable de la Naturaleza. La serenidad de los cielos azules, no turbada aún por tempestad alguna, la calma de los océanos en el primer día del mundo habita en sus pechos, y no parece sino que el alma del universo se irradia al través de sus frentes impasibles, y que sin deseos ni agitaciones persisten interiormente en la meditación de las leyes inmutables de

los seres. Al contrario, desde esta época del arte comienzan á sufrir más y más el yugo de las pasiones y las ideas sociales, hasta que en los últimos tiempos acaba el hombre por invadirlo todo, sin quedar más que Dios. Scopas y Praxiteles suceden á Fidias, cambio marcado por los grupos de Niobe; la calma antigua de los olímpicos es sustituida por un dolor incurable: los labios que sólo la ambrosía y la dulce bebida de la Vía Láctea conocían, aprenden ahora á gustar los venenos de la tierra. Praxiteles es seguido por Lisipo y la escuela de Rodas; la Niobe por el *Hércules Farnesio* y el *Laoconte*. ¿Quién se atrevería á medir esta estatuaria? Parecería perfecta si no conociésemos la que le precede. Y sin embargo, ¡cuán lejos está esta belleza, un tanto teatral en su magnificencia, aun cuando tan admirable, de aquel arte soberano que sólo expresaba pensamientos eternos! Hay la misma diferencia que entre Eurípides y Sófocles. Poco á poco la Venus austera de los primeros tiempos, que reinaba en su severo imperio por su sola belleza, se transforma en la Venus de Médicis, que necesita ya sonreír para encantar al mundo. Las formas son todavía perfectas; pero ¿quién no ve que el sello de la Divinidad se va borrando? Apenas se siente ya el soplo de las cosas sagradas; en vez del amor incorruptible, surgido de la primera espuma de las olas, existe ahora una virgen ocupada en alimentar los deseos de las mujeres de Cos ó de Gnido; la Grecia piadosa de Milciades se convierte

en una Grecia voluptuosa, que pone en los labios de su diosa, en vez de los signos del santuario, las canciones de Alcibiades. Alejandro, en fin, haciéndose el Dios, el *Júpiter Tonante* de los escultores, imprime al arte su último carácter, y la escultura, descendida para siempre de la región de las antiguas creencias, se pone al servicio de las apoteosis de reyes y emperadores. Tomando al pie de la letra la doctrina de Evhemero, hácese cortesana de los dioses políticos, y la que había comenzado en el cielo por las figuras de Fidias, uniendo la gravedad de las religiones orientales al sentimiento de la personalidad que brilla en las del Occidente, acaba por la apoteosis del favorito de Adriano.

---

## III

**El drama en sus relaciones con las religiones griegas**

Homero cambió los dioses del Oriente; los poetas líricos y dramáticos cambian los dioses de Homero. Píndaro es al parecer el más pagano de todos, pues adorador del canto y de la palabra métrica, su ídolo es la lira, lo cual explica su popularidad en un pueblo que contaba sus años por sus juegos. La Grecia, dividida en todo, sólo se mostraba unida en el brillo de los juegos olímpicos, poéticos y nemeos, y el poeta que cantaba aquellas jornadas era verdaderamente sacerdote de la alianza; al celebrar la fiesta del arte, celebraba la fiesta patronal de Grecia. Al pronunciar este nombre, no podemos menos de echar en olvido cuanto se ha dicho acerca de la desnuda y rápida sencillez de la antigüedad. En aquel espléndido estilo, como en la estatua de Júpiter Olímpico, mézclanse el oro y el ébano, y si en medio de la pompa de una ceremonia religiosa y civil nos figuramos la Grecia, vestida con la púrpura de Tiro, tendremos la imagen de Píndaro. Este David helénico anuncia,